
ANÁLISIS CRÍTICO DE LA GEOPOLÍTICA CONTEMPORÁNEA[∞]

ARTURO CONTRERAS POLGATI*

RESUMEN

La geopolítica ha sido una de las disciplinas integradoras de las diferentes dimensiones de las ciencias geográficas que más ha servido a la política para la toma de decisiones estatales en materia de política exterior e interna. En dicho contexto, su desarrollo, tanto en sus vertientes europea –alemana y británica– así como norteamericana y asiática, tuvo un desarrollo constante y sistematizado hasta 1945 en que los Estados Unidos y Gran Bretaña, sin fundamentos científicos ni evidencia empírica alguna, la estigmatizaron oficialmente como “ciencia nazi” durante la II Guerra Mundial.

Este despropósito ideológico –fundamentalmente instrumental– hizo que, a partir de entonces, la geopolítica fuera marginada del estudio científico. En Estados Unidos se la subsumió forzosamente en una rama de la geografía, la geografía política, vaciándosela así de sus contenidos y bases originales, camino que fue imitado en muchas otras partes del mundo.

No obstante, a poco andar de la Guerra Fría y del desarrollo de los procesos de integración y de globalización, elites científicas provenientes de diversas disciplinas sociales, políticas y económicas, se dieron cuenta de que los fenómenos emergentes no podían ser explicados al margen de la geopolítica. Sin embargo, sin atreverse a contradecir el dictamen oficial de los vencedores de la II Guerra Mundial, optaron por dar origen a una emergente geopolítica llamada “Crítica”, la cual surge como contestataria de los principios fundamentales de la geopolítica tradicional explicitando que sus postulados son diametralmente opuestos a los de aquella.

Dejar constancia de cuán sustantivas o aparentes son las diferencias y las coincidencias que hay entre los postulados de ambas geopolíticas, es de lo que trata este artículo.

Palabras claves: Geopolítica – Guerra Fría – Globalización – Soberanía – Estado – Territorio.

* Doctor en estudios Americanos, mención Relaciones Internacionales, Universidad de Santiago de Chile. Actualmente es Director de la Cátedra de Seguridad y Defensa de la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE). Chile. acontreras@anepe.cl

[∞] Fecha de Recepción: 151107

Fecha de Aceptación: 291107

CRITICAL ANALYSIS OF CONTEMPORARY GEOPOLITICS

ABSTRACT

Geopolitics has been one of the integrating disciplines of different dimensions of geographic science that has been more useful for Politics when taking state related decisions regarding foreign and internal politics.

In due context, it's development, as much as it's European –German and British– branches, and as much as North American and Asian, had a constant and systematic development until 1945, when United States and Great Britain, without scientific foundations or empiric evidence, officially stigmatized as “Nazi science” during the II World War.

This ideological piece of nonsense –mainly instrumental– provoked that, from there on, Geopolitics was left aside from the scientific study. In the United States, it was sub placed by force in a geographic branch of Political Geography, leaving it empty, without its contents and original basis, path imitated in many other parts of the world..

However, at the beginning of the Cold War, and the development of globalization integration process, scientific elites coming from different social, political and economical disciplines realized that the arising phenomenon could not be explained at the margin of geopolitics. However, without daring to contradict the official judgment of the victorious of the II World War, they chose to create a arising geopolitics called “Critical””, which arises as a conflicting analysis of the fundamental principles of traditional geopolitics leaving clear that their demands are completely opposite to the others. This article is for leaving evidence of how substantive or feign are the differences and coincidences among the demands of both geopolitics.

Key words: *Geopolitics – Cold war – Globalization – Sovereignty – State – Territory.*

INTRODUCCIÓN

La geopolítica ha sido una de las disciplinas de las ciencias políticas que –habiéndose sistematizado el estudio de las relaciones e interdependencias que existen entre las diferentes dimensiones de las ciencias geográficas y su influencia en el desarrollo del Estado– más ha servido a la política para la toma de decisiones estatales en materia de relaciones espaciales, tanto de política exterior como interna.

Tradicionalmente, se considera que la geopolítica es una disciplina inherente a la época moderna. Quienes sostienen esto –los geopolíticos clásicos

y también quienes adhieren a la geopolítica crítica— sin duda tienen razón en lo que se refiere al nombre de “geopolítica”, el cual, por cierto, surge y se asocia a los procesos políticos internacionales de la era industrial y del colonialismo moderno.

Sin embargo, en lo que respecta a la lógica política de sus contenidos, la historia es pródiga en ejemplos que demuestran, empíricamente, que ella se remonta a la antigüedad clásica, cuando los Estados e imperios adquieren conciencia geográfica y comprenden los efectos políticos de la relación que existe entre los vínculos espaciales, y el desarrollo y proyección del poder por parte de unidades políticas independientes o soberanas.

En tal sentido, ni los Estados antiguos, ni los premodernos, como tampoco los actuales, se han desarrollado al margen o alienados de conciencia espacial, geográfica y geopolítica. Esta conciencia, como fuente primaria de la voluntad política, se constata en la dinámica de desarrollo de las civilizaciones e imperios históricos, desde la más remota antigüedad, tal como han consignado sin lugar a dudas Tucídides (1991), Flavio Josefa (1997), Jenofonte (2000), Maquiavelo (1943 y 1960), Arnold Toynbee (1984), Paul Johnson (1988) y los autores de la Historia General de las Civilizaciones (Ayman y Auboyer, 1977) entre muchos otros que han estudiado el desarrollo de los procesos políticos históricos en diferentes épocas.

En todas ellas, las sociedades políticas en proceso de formación, de desarrollo y de consolidación de sus Estados, han tenido conciencia del espacio geográfico que ocupan y de aquel que comparten con otras sociedades y, en consecuencia, han desarrollado percepciones más o menos objetivas de las posibilidades, vulnerabilidades y debilidades que las relaciones espaciales del territorio representaban para su desarrollo, seguridad e independencia política.

En dicho contexto, el desarrollo conceptual de la geopolítica clásica fue el resultado del estudio y de la observación científica de “hechos” históricos que, aunque pueden ser subjetivos en cuanto a su interpretación, forman parte de la realidad empírica. De tal manera, su evolución teórica refleja las diversas “interpretaciones” de las realidades objetivas que caracterizan a todas las escuelas de la geopolítica clásica, tales como la alemana, la rusa o la británica en Europa, así como a las norteamericana y asiática, por citar a las que han sido más gravitantes en los siglos XIX y XX.

Todas ellas tuvieron un desarrollo constante y sistematizado hasta 1945 en que los Estados Unidos y Gran Bretaña, sin fundamentos científicos ni evidencia empírica alguna, estigmatizaron oficialmente a la geopolítica como una “ciencia nazi” al término de la II Guerra Mundial, tal como la obra de Cairo Carou (1993) no deja lugar a dudas.

Este despropósito ideológico –fundamentalmente instrumental– hizo que, a partir de entonces, la geopolítica fuera marginada del estudio científico. En Estados Unidos se la subsumió forzosamente en una rama de la geografía, la geografía política, vaciándose así de sus contenidos originales. En otras partes, se la empezó a confundir con las relaciones internacionales o bien, simplemente, se dejó de hablar de ella.

Sin embargo, a poco andar de la Guerra Fría y del inicio del desarrollo de los procesos de integración y de globalización, elites científicas provenientes de diversas disciplinas sociales, políticas y económicas, así como de las ideologías liberal y marxista, se dieron cuenta de que los fenómenos emergentes no podían ser explicados prescindiendo de la teoría geopolítica.

Se explica así el resurgir de la geopolítica a mediados de los 70, tanto en los Estados Unidos –con el pensamiento de Henry Kissinger y de Z. Brezezinski– como en el mundo marxista y de la izquierda europea vinculada a la Escuela de Frankfurt –con el pensamiento de Max Horkheimer, Theodor Adorno, Jürgen Habermas, Michel Foucault y Jacques Derrida, principalmente (Kelly y Pérez, 2007)– quienes, incapaces de romper el empate de la “Destrucción Mutua Asegurada”, inspiraron y/o buscaron caminos ideológicos alternativos para volver a potenciar sus posiciones desde una perspectiva geopolítica comprensible.

Se vuelve así a mirar los acontecimientos internacionales a través de una geopolítica que, en cuanto nueva, bien habría podido ser considerada como contemporánea si no hubiera tratado de presentarse así misma como una visión nueva completamente independiente, libre de toda sospecha de nazismo aunque no de marxismo, o de un utilitarismo político en el que se mezclan el pragmatismo y el ideologismo idealista con fines de poder específicos.

Sobre el particular Kissinger (1981) señala que “...es por eso que hemos tenido éxito en nuestras relaciones exteriores siempre que hemos combinado nuestro idealismo y nuestro pragmatismo, desde los días en que los padres fundadores manipularon las rivalidades entre las monarquías europeas para asegurar nuestra independencia y lanzar el gran proyecto democrático... que solo pueden ser mantenidos a través de una combinación moral y de sentido práctico” (p.80); visión pragmática que sistematiza Brezezinski (1988) en el desarrollo de su propuesta geopolítica. De tal manera, la geopolítica, como cualquier otra disciplina o ciencia teórica, no es ajena o inmune a la desinformación, a la manipulación o a la instrumentalización ideológica.

De hecho, ambas tendencias, sin atreverse a contradecir el dictamen oficial de los vencedores de la II Guerra Mundial, optaron por dar origen a una nueva geopolítica llamada “Crítica”, la cual surge como un dogma que contradice los principios fundamentales de la geopolítica tradicional –cuyas bases conceptuales

fueron desarrolladas, entre otros, por Mahan, Mackinder y Haushoffer— explicitando que sus postulados son diametralmente opuestos a los que ellos formularon.

En tal sentido, el objeto de este artículo, que forma parte de una investigación mayor que dirige el autor y que lleva el título de “Visión Crítica de la Geopolítica posmoderna”, es llamar la atención sobre las diferencias reales o aparentes que hay entre lo verdaderamente nuevo en geopolítica, si es que lo hay, y la vigencia empírica de las bases de la geopolítica clásica. Para ello reflexionaremos sobre la concepción de Estado y de espacio que ambas escuelas postulan para concluir si estamos o no en presencia de un cambio de paradigma geopolítico,

De lo que se trata es de superar la ambigüedad conceptual que, en esta materia, es una de las causas de la incertidumbre que domina a la globalización, proceso que las ciencias sociales, en su conjunto, aún no atinan a definir integralmente. Por ello, la generación de certezas a través de la observación científica de los hechos de uno o varios procesos políticos, el establecimiento de relaciones de causa y efecto verificables, y el retorno al rigor de las precisiones teórico-conceptuales, permitirá superar los prejuicios ideológicos que se han apoderado del espacio teórico de la geopolítica alterando su carácter de disciplina fundamentalmente integradora, circunstancia que amerita un debate conceptual, ético y científico que no puede seguir postergándose por más tiempo.

BASES DE LA GEOPOLÍTICA CLÁSICA

El objeto de estudio de la geopolítica es el Estado en función de sus relaciones geográficas, tanto internas como internacionales. Esta afirmación nos permite establecer, como punto de partida, que la política interna e internacional de los Estados está relacionada con el efecto que las diferentes dimensiones e interdependencias de la geografía ejercen sobre el desarrollo de la sociedad, cuya voluntad política constituye la base del poder político que el Estado representa.

Sin temor en caer en la tentación de repetir cosas conocidas, en épocas de incertidumbre conceptual, es siempre bueno volver sobre las viejas ideas, porque por sabidas sus verdades se han callado, y por callarlas las hemos olvidado. Se da así la circunstancia de que en la actualidad, en los intentos por explicar la globalización y al Estado contemporáneo, se omite la dimensión geográfica y la lógica y dinámica de los fenómenos políticos¹ con el consiguiente efecto en la comprensión de los fenómenos actuales.

1 Se entiende por “político” todo aquello que simultáneamente tiene que ver o involucra a las relaciones de poder y al bien común.

En consecuencia, es frecuente encontrar personas estudiando “geopolítica” en cursos de diverso tipo, muy entusiasmados por la forma en que la economía, la política, las relaciones internacionales y otras disciplinas sociales inciden en la geopolítica, como si ésta fuera una ciencia autónoma y práctica.

Sin embargo, ella no es nada de eso. Es una disciplina descriptiva –básicamente analítica e integradora– que extrae conclusiones del análisis de las interdependencias y condicionamientos que presentan entre sí las diferentes categorías y especializaciones de las ciencias geográficas para darlas a conocer a la autoridad política. Es decir, estudia y deduce los efectos que tienen para el Estado las dependencias y las interdependencias de sus interacciones espaciales internas e internacionales, las cuales hoy se caracterizan por un mutuo y creciente condicionamiento e interdependencia, como describe Contreras (2007).

De tal manera, las conclusiones del análisis geopolítico constituyen sólo insumos para el proceso de toma de decisiones políticas que un Estado puede adoptar en el contexto de las relaciones espaciales que conforman los ámbitos en los que éste se desenvuelve. En esa perspectiva, sin una previa decisión política, la geopolítica no puede devenir ni en ideología (visión geopolítica determinista), ni en un proyecto político determinado (proyecto gubernamental).

Así, desde el punto de vista utilitario, la geopolítica presenta un antes y un después que marca una profunda diferencia en su condición de “uso” como un método sistemático para comprender o interpretar una determinada realidad, y su “utilización” en beneficio de un proyecto político por materializar. En consecuencia, podemos encontrar tantas concepciones geopolíticas como Estados existan, lo que explica porqué la diversidad de sus interacciones encuentra en la teoría general de la geopolítica un sentido de unidad coherente, que emana de la deducción y verificación de relaciones de causa y efecto en el marco de una multiplicidad de relaciones espaciales interestatales.

Desde el punto de vista de la especificidad, al ser el Estado y sus relaciones geográficas el objeto de estudio de la geopolítica, no hay una geopolítica sino muchas, tal como empíricamente demuestran los pensamientos del estadounidense Mahan, del inglés Mackinder, del ruso Stalin, del sueco Kjellen y del alemán Haushöffer, entre otros, algunas de cuyas ideas inspiraron o sirvieron de base argumental a la política exterior seguida por algunos países que fueron actores principales en el proceso político internacional de los siglos XIX y XX. Pero hay muchas otras concepciones que no han tenido un alcance mundial o continental pero que hacen sentir su influencia en niveles regionales, subregionales y vecinales y que también son datos objetivos del proceso político mundial y de la globalización.

En ese contexto –salvo la especificidad de las concepciones geopolíticas nacionales– la geopolítica como disciplina de carácter general, desde el momento

en que cuenta con un cuerpo sistematizado de conocimientos que obedece a una lógica geográfica multidimensional; que tiene un objeto de estudio concreto (el Estado), que posee un léxico propio y que ha desarrollado y un método de análisis científico sistemático y sistémico, no puede ser sino neutral frente a las decisiones políticas o ideológicas nacionales y a su consiguiente efecto en las relaciones espaciales interestatales.

En consecuencia, su valor analítico y metodológico queda de relieve cuando dicho conocimiento neutro, es aplicado como instrumento de interpretación de una realidad concreta, la cual, obviamente, no es neutral sino que refleja interrelaciones geográficas y motivaciones políticas e ideológicas específicas. Es decir, sus conclusiones adquieren valor de uso cuando, habiendo contrastado una realidad con la teoría, es capaz de llegar a conclusiones explicativas que pueden tener valor tanto para interpretar el pasado como para orientar la construcción del futuro.

En dicho contexto, el Estado, dentro de la geopolítica general clásica, no puede ser visto sino como un cuerpo vivo, dotado de dinamismo, de vitalidad y de voluntad política, característica ésta última que sólo puede ser entendida en función de una población y de una soberanía. Ello lo plasma en una tríada denominada “Elementos Constitutivos del Estado”: territorio (base física más o menos estable aunque de alto dinamismo en los Estados en etapa de desarrollo o de disolución); población (factor dinámico base de la voluntad y del poder político de una sociedad); y de soberanía (capacidad para tomar decisiones autónomas en el ejercicio de la autoridad política en su espacio geográfico y en relación con la población que lo habita).

Sin estos tres elementos clave no hay Estado, entendiendo por tal a la sociedad política organizada que lleva a cabo por sí misma las funciones que hacen de ella una “res pública”, es decir, que ejecuta por sí, ante sí y ante terceros, las funciones políticas orgánicas ejecutiva, legislativa y judicial, característica que era válida para identificar a una sociedad políticamente organizada tanto en la antigüedad clásica como en la actualidad.

Entendiendo que el Estado está geográficamente circunscrito, las fronteras que lo contienen se comportan como la piel que lo vincula con su entorno. Si el Estado es concebido en términos de vitalidad y de dinamismo político, sus fronteras serán tan dinámicas como lo sea la sociedad civil a cuyo servicio se encuentra o cuya soberanía usurpa –lo que marca una diferencia entre Estados democráticos y totalitarios– haciendo de las fronteras un concepto amplio que trasciende con mucho al estrecho concepto de “límite geográfico político internacional”, que predominó como ámbito de soberanía estatal hasta el inicio de la revolución de las comunicaciones.

Por el contrario, la dinámica de las fronteras de la que se ocupa la geopolítica es coincidente con las dimensiones de las ciencias geográficas de las que

ella se nutre, cuestión que constituye la piedra angular para comprender los fenómenos de la globalización. Vivimos en sociedades complejas y multidimensionales que producen problemas del mismo carácter cuya solución es inabordable desde una sola perspectiva. Pues bien, la multidimensionalidad de los problemas actuales requiere tanto para su diagnóstico como para su comprensión, de visiones multidimensionales integrales.

En este aspecto, la geopolítica general nunca tuvo la soberbia de presentarse a sí misma como una ciencia autónoma ni mucho menos univalente. Por el contrario, siempre fue concebida como una disciplina integradora multidimensional y sólo secundariamente de carácter instrumental, circunstancia que, de ocurrir, no es de responsabilidad de la geopolítica ni de sus autores, como obviamente se deduce de la acusación a Haushoffer en Nüremberg, cuando el fiscal argumenta ante el tribunal (Kuntzman, 1956) que: *“Como su teoría geopolítica no era nada pero quería serlo todo... se prestó para alimentar y sustentar la criminal política del régimen nazi”* (p.40).

Como se quiera, es menester reconocer que existen muchas fronteras que tienen dinámicas propias y que en la actualidad no son coincidentes con los límites del territorio del Estado posmoderno. Las hay físicas, políticas, económicas, culturales, ideológicas, espaciales, etc. de donde surge la pregunta ¿dónde están nuestras fronteras y cómo éstas se comportan cuando la vitalidad de los objetivos e intereses de los diferentes Estados entran en contacto?

La existencia de muchas fronteras, lógicamente, tiene relación directa con la vitalidad de las sociedades y las interacciones estatales que las determinan, lo que refuerza el hecho de que hace bastante tiempo el Estado ha dejado de tener el monopolio de las relaciones internacionales, proceso en el que la sociedad civil ha ido adquiriendo un rol cada vez más protagónico en las formulación de las políticas exteriores e internas de los Estados, al menos en las sociedades democráticas.

En tal sentido, los Estados difunden su influencia a la vez que reciben las de otros en todas las dimensiones del poder –político, espacial, económico, social, ideológico, cultural y moral entre otros factores que Freund analiza con detalle (1968)– que desarrollan sus sociedades. Estas influencias o influjos de poder se emiten desde el interior del Estado, es decir, desde lo que la geopolítica clásica denomina “el núcleo vital del Estado”, a partir del cual las sociedades trascienden a su espacio de crecimiento interno y sus límites políticos territoriales para proyectarse globalmente. Se vincula así con un entorno altamente dinámico e interactivo en el que sus intereses y objetivos encuentran oportunidades, retos y desafíos, así como amenazas de la más variada naturaleza.

En este aspecto todos los Estados actuales son lugares de encuentro de fronteras, cuestión que amerita el desarrollo de precisiones conceptuales

que nos permitan identificar, geopolíticamente, dónde residen las respuestas a las preguntas que la globalización nos plantea. Más allá de los prejuicios ideológicos que separan a la Geopolítica Clásica de la Crítica, los cuales ocupan hoy el centro del debate, ha sido necesario recordar las bases conceptuales de la primera, para contrastarlas con el pensamiento crítico que dialécticamente aspira a reemplazarla, ya que en el desarrollo de dicha dialéctica se profundiza su estigmatización al identificársela con una concepción arcaica, a la vez que su léxico preciso empieza a ser reemplazado por aparentes certeras afirmaciones.

Palabras como “ahora”; “en un mundo globalizado”; “los nuevos roles del Estado”; “las nuevas amenazas”; “la globalización como instrumento al servicio de un nuevo imperialismo”, “las nuevas dimensiones de la política...”, entre otras muchas, se han transformado en muletillas comunes que se repiten sin cesar, porque suenan convincentes.

Cuando esas afirmaciones provienen de personas de renombre, la gente suele transformarlas en verdades, en tanto que la repetición constante las convierte en dogma: *“El Estado Nación está en crisis”, “La soberanía ahora es internacional”, “Ahora la política tiene nuevas dimensiones”, “El Estado territorial está muerto”, “Las nuevas responsabilidades del Estado”,* o bien, *“La naturaleza de la política ha cambiado”*. Estas frases, pronunciadas con personalidad, pero sin relación lógica de causa y efecto con los fenómenos que les son inherentes, han sembrado el desconcierto en el estudio del Estado en función de la geografía global. Así, el ciudadano común empieza a perder la noción de la realidad. Simplemente no puede entender lo que está pasando.

Pareciera que todo es nuevo en un proceso en el que todo aquel que cree descubrir una “nueva” verdad, busca sacar ventajas, tratando de imponerla o de llevarla a la práctica a pesar de la experiencia, del estudio científico y en definitiva de la realidad. A río revuelto, ganancia de pescadores, señala el refrán. “Nuevas naturalezas”, “nuevos roles”, nuevas y más nuevas argumentaciones, muchas de ellas en sí mismas contradictorias, que tratan de cambiar lo que en esencia no cambia: la “naturaleza” de las cosas. En este caso la naturaleza de la política, del hombre y de la sociedad. Nos gustaría que hubieran cambiado, pero no es así. Sus manifestaciones, sus lógicas y sus prácticas siguen siendo constantes de la vida de la humanidad.

El hombre y sus sociedades siguen viviendo y desarrollándose en espacios físicos tangibles. Allí se alimentan, se reproducen y mueren. Por lo tanto, es en esos espacios donde nace, crece, se desarrolla o muere la política, y si verdaderamente se cree en la persona como fuente de la democracia, se tiene que conceder que su ejercicio también tiene una dimensión espacial concreta. En esa línea, pareciera que la a-territorialidad del Estado no pasa de ser un nuevo mito.

LA PROPUESTA DE LA GEOPOLÍTICA CRÍTICA

El apellido “Crítica” de la geopolítica contemporánea, viene de su crítica a los planteamientos clásicos. Los críticos reconocen que algunos factores geográficos ejercen una influencia incontrastable en el desarrollo del Estado, pero ello es de menos entidad en función de su expresión cultural. Entre estos factores la geografía humana, en su dimensión ideológica, juega un papel preponderante que trasciende a lo geográfico como proceso estatal, de manera que centra su quehacer en las interpretaciones del discurso político. Esto es lo que define conceptualmente su separación respecto de la geopolítica clásica, cuestión que es absolutamente coherente con las bases y postulados ideológicos de la escuela de Frankfurt.

Para Galtung (1999) *“Es un imperativo liberarse del discurso geopolítico tradicional contenido... en el discurso de sus teólogos laicos”*, (p. 230). En tal sentido, esta corriente adhiere al pensamiento de la izquierda marxista tradicional, según la cual el discurso ideológico por sí mismo es capaz de generar relaciones de poder que le permiten crear y consolidar estructuras sociales que posibilitan modificar la perspectiva nacional y estatal, superando, en palabras de Rodríguez (2005), el *“fetichismo del Estado”* (p. 2).

En su opinión, la geopolítica clásica desconoce que el espacio es un componente activo del poder y que el Estado desarrolla su propia espacialidad, razón por la cual busca recuperar la complejidad de los procesos políticos globales y exponer las relaciones de poder que caracterizan a un conocimiento geopolítico *“ocultado por la geopolítica ortodoxa”* (Rodríguez, p. 2). Este postulado de la geopolítica crítica demuestra un desconocimiento profundo de las bases conceptuales de la geopolítica clásica. Partir del supuesto de que ésta sólo tiene una dimensión internacional prescindiendo de las interrelaciones que conllevan los elementos constitutivos del Estado, linda en la manipulación teórica.

Esta aproximación ideológica del fenómeno atomiza al hecho geográfico del Estado y a sus consiguientes relaciones espaciales. De hecho, la argumentación es cierta sólo si se la sitúa en el momento posresolutivo del proceso de análisis geopolítico —es decir después que sus conclusiones han sido entregadas a la autoridad política— dejando de ser de responsabilidad de la geopolítica pasando a serlo de los decisores políticos si es que las insertan en su propio discurso o proyecto ideológico. Sólo así se puede entender la atomización que exhibe la geopolítica crítica cuando desarrolla una serie inconexa de geopolíticas específicas, ya no de naturaleza estatal, sino provenientes de las más diversas categorías o subcategorías geográficas, tales como la geopolítica energética, de los recursos, del agua, del medioambiente, de la religión, de la cultura, etc. Como un ejemplo de esta atomización de los conceptos podemos citar, entre otros, el libro de Christophe Alexandre Paillar (2007), *Geopolítica de la Energía en América Latina*.

Esta circunstancia plantea a los geopolitólogos una cuestión metodológica de fondo: ¿es posible construir generalizaciones, a partir de especificidades, como se hace en este caso? Creo que si la geopolítica crítica aspira a ser una disciplina independiente de carácter general que sirva de marco de referencia para el análisis de hechos o situaciones, deberá seguir un proceso metodológico que vaya de lo general a lo particular y no a la inversa.

Probablemente esta circunstancia es la que ha motivado el esfuerzo de sistematización que han llevado a cabo sus cultores, desarrollando cuatro corrientes, cuyos principales teóricos son, respectivamente, Peter Taylor y Immanuel Wallerstein; los citados Foucault y Raffestin; Rodríguez, y Dalby.

La primera de estas corrientes gira en torno al rol que juega la economía política en la explicación de las relaciones espaciales, según la cual el proceso geopolítico se desarrolla en tres ámbitos económicos distintos: la economía mundo, la economía Estado Nación y la economía local. En este aspecto, nuevamente las diferencias de esta corriente con el planteamiento clásico se presentan difusas. De hecho, se reconoce al Estado tanto en su dimensión interna como internacional ya que éstos son los ámbitos propios de su desarrollo. Sin embargo, lo que más llama la atención es la hegemonía que se atribuye al rol de la economía política en los procesos políticos tanto internos como internacionales, la cual, como se sabe, es un postulado común que comparten tanto el liberalismo como el socialismo. Pero lo más paradójico del caso es que abiertamente se recusa el valor específico que la geopolítica clásica asigna en su método a los factores de la economía política, lo cual refleja, por cierto, un desconocimiento de la realidad objetiva que conllevan sus procedimientos.

La segunda es esencialmente valorativa y se inspira en una crítica a las relaciones de poder o de dominación entre Estados, en función de la cual se generan vínculos hegemónicos, de dependencia o de relaciones centro-periferia que se justifican en aras de supuestas inseguridades o amenazas a la supervivencia de un Estado o de un grupo social políticamente organizado, vínculo que considera esencialmente antinatural. Para esta corriente, el Estado ha venido construyendo su espacialidad en función de esta premisa instrumental de la seguridad, de manera que las estructuras resultantes y sus relaciones con el entorno son una consecuencia necesaria de la influencia o poder de las oligarquías dominantes.

Dicho argumento esencialmente ideológico e interpretativo, exportado por la escuela de Frankfurt a la geopolítica crítica, en mi opinión se vincula más con la sociología del poder que trata la ciencia política. Sin embargo, más allá de una inconducente contienda de competencias y reconociendo que la geopolítica clásica no es ajena a la lógica que explica la dinámica de las relaciones de poder —que son inseparables del ciclo de nacimiento, desarrollo y muerte de los Estados— su relación tangible con ella se verifica después de que la autoridad política ha toma-

do una decisión, circunstancia en la que adquiere el carácter utilitario o justificativo que hemos descrito. La paradoja en este caso se da, precisamente, en el carácter instrumental que reviste el argumento teórico de esta corriente, toda vez que ella queda susceptible de sufrir la misma descalificación que sufrió Haushoffer por el apropiamiento que una ideología hizo de su planteamiento.

En opinión de Rodríguez (p. 2), la tercera corriente corresponde a la geografía política humanista, la cual considera al individuo como clave para la explicación de las relaciones espaciales. Es el individuo quien construye la entidad espacial. Esta interpretación, esencialmente mediadora, trata de servir de nexo entre las dos corrientes anteriores. En mi opinión el tema no es ajeno a la geopolítica clásica, que al definir a la población y a la soberanía como dos de los elementos constitutivos del Estado, asume la evolución de los conceptos de población, en términos de ciudadanía; y de soberanía, como fuente del poder político.

De hecho la geografía humana y sus factores, son parte sustantiva del método geopolítico general. Es evidente que muchos de los planteamientos de la geopolítica crítica denotan una desconexión teórica o interpretativa respecto del objeto de su crítica, lo que me lleva a concluir que, en lo que a esta corriente se refiere, nuevamente las diferencias entre ambas escuelas son más bien interpretativas.

Finalmente, en lo que se refiere a la cuarta corriente, el objeto de su estudio es el proceso por el cual un conjunto de prácticas domina sobre otras, tratando de explicar la lógica y dinámica de dicho proceso y las condiciones en que se verifica este hecho. *“Las dimensiones ideológicas y sus discursos determinan las prácticas políticas, por lo que hay que estudiar cómo se construyen esos discursos y los actores que los producen, demostrando que las estructuras son creadas por la acción de determinados individuos. ... La estructura es hija del poder establecido”*, enfatiza Rodríguez (p. 2) citando a Racine (1978).

Este planteamiento, que es esencialmente político o sociológico, pero definitivamente no geopolítico, es el único que incursiona en el ámbito de la neutralidad científica de la geopolítica general, es decir, en el momento en que ésta está analizando los fenómenos de las relaciones espaciales estatales, interestatales o globales. Su visión del problema de la producción de la espacialidad le permite compartir fugazmente una visión de conjunto con la geopolítica general, aunque su interés en el campo de los contenidos teóricos y del método no tiene por finalidad verificar la certeza de los datos o el rigor científico del procedimiento, sino identificar las motivaciones que, en términos de relaciones de poder, tienen quienes participan en el análisis con el consiguiente efecto sobre sus conclusiones. Lamentablemente, esto lo hace desde una perspectiva preconcebida en la que el dato objetivo cede su lugar a la validación del dogma ideológico que representa.

En la geopolítica clásica los datos de la geografía humana –en sus dimensiones cultural, económica y social– son analizados como indicadores de tendencias políticas y/o sociales, pero no como factores determinantes de los procesos de construcción de las relaciones espaciales. La geopolítica no busca, en el marco de su lógica y de su objeto, la identificación de motivaciones corporativas o circunstanciales de quienes asesoran en los procesos de toma de decisiones políticas. Del mismo modo, tampoco puede considerarlos como instrumentos al servicio de intereses de clase o de otro tipo. De tal manera, el planteamiento de esta corriente sí constituye una diferencia de fondo entre las escuelas clásica y crítica de la geopolítica. La argumentación de esta corriente, en mi opinión, definitivamente pertenece al campo de acción de la disciplina o ciencia que se quiera, pero no pertenece a la geopolítica aunque presuma de ella con el apellido de crítica.

En términos generales, la geopolítica crítica organiza el estudio de las relaciones espaciales bajo la forma de tres geopolíticas (Cairo Carou, pp. 195 y ss.) subsidiarias y complementarias entre sí, aunque no exentas de contradicciones: La geopolítica práctica que estudia al Estado en función de su política exterior, la cual es materializada por una burocracia profesional que lleva a cabo políticas geográficas cotidianas que reflejan las percepciones geográficas de las elites políticas responsables de las decisiones de Estado; la geopolítica formal, que se aboca al estudio de las teorías y modelos geopolíticos y estratégicos que elaboran las elites estatales para orientar o justificar las acciones de la política exterior, es decir, de la geopolítica práctica; y la geopolítica popular, que estudia las percepciones geopolíticas que son inducidas por los medios de comunicación, y que constituyen opinión pública.

En el contexto de estas tres concepciones, el conocimiento que todas ellas generan es susceptible de una sistematización por categorías de análisis que se refieren al estudio del orden político imperante; a las características contextuales de la época en que ocurre el fenómeno; a los códigos o escuelas geopolíticas predominantes; y a las características de los modelos geopolíticos que participan de los procesos políticos, con lo cual se pretende dar un sentido de unidad en el que todos los factores están interrelacionados entre sí, en forma muy similar a como lo hacen las diferentes escuelas de la geopolítica clásica.

CONCLUSIONES

Umberto Eco (1991), impresionado por la dimensión tecnológica de la I Guerra del Golfo, afirmó entusiasmado que *“ahora las guerras se desarrollarán fuera del espacio euclidiano”* (p. 52). Sin embargo, éstas se siguen haciendo como y donde siempre se han hecho, en el espacio geográfico donde viven las sociedades y donde lleva a cabo la política, no en el ciberespacio o en el limbo de la ficción, aunque viajemos por el universo.

La incapacidad para comprender la globalización y lo que pasa a nuestro alrededor; para identificar los factores clave de los cambios que se están operando; la falta de “imaginación lógica” o fundada para diseñar el futuro; la ausencia de una cultura básica para discernir lo real de lo aparente y, en fin, nuestra impotencia para entender la lógica y la dinámica de los acontecimientos políticos contemporáneos, alimenta una incertidumbre en la que proliferan las creencias más aventuradas.

La geopolítica no está ajena a estas circunstancias. Lo importante, sin embargo, es mantener el recto sentido y alcances de su lógica práctica, no porque seamos cultores de una geopolítica conservadora, sino porque de ello depende la explicación o la comprensión de una globalización que no acertamos a comprender. Analizar sus manifestaciones a la luz de las viejas teorías, en un marco contextual crítico en relación con los mitos de nuestro tiempo, nos ha permitido recuperar algunas certezas.

No hay profundas diferencias entre la vieja geopolítica y la aparentemente nueva geopolítica crítica. Los procesos políticos internacionales e internos se siguen llevando a cabo de la misma forma que antaño, y tanto la cooperación internacional como sus conflictos, siguen siendo el resultado de intereses compartidos o contrapuestos que se dan en un contexto de relaciones espaciales multidimensionales, aunque esta circunstancia se da hoy en forma simultánea con mayor frecuencia que en el pasado reciente.

Por esa razón, la lógica de la geopolítica encuentra su sentido de unidad en las relaciones de dependencia y de interdependencia que se producen entre Estados y entre sus sociedades, las cuales ocupan y viven en espacios tangibles. El dinamismo del proceso es impreso por la vitalidad y el rol político que estas sociedades juegan, las cuales, en definitiva, son la fuente de su soberanía y motor de las relaciones políticas contemporáneas.

¿Qué tan vigentes están las viejas teorías para explicar los nuevos fenómenos de la globalización? En mi opinión, muy vigentes. ¿Sirven ellas para discernir las características de los procesos y escenarios que nos esperan? Absolutamente. Son las necesidades, la conciencia que se tiene de ellas y la voluntad de las sociedades, lo que mueve a los Estados a tratar de satisfacerlas en el marco de relaciones espacio temporales concretos. Es la necesidad y la conciencia el motor básico de la acción política, lo que explica el valor que la geopolítica asigna a la “soberanía” en su concepción más evolucionada —que por cierto engloba a las anteriores— así como a la geografía humana en todas sus categorías.

El foco central del asunto estriba, en consecuencia, en las dos posiciones posibles que se derivan de la lógica práctica de la geopolítica: o se es capaz de identificar dónde se encuentran nuestras fronteras y con qué otros Estados compartimos los nuevos y multidimensionales espacios, generando acontecimientos; o se padecen aquellos que serán inevitablemente producidos por otros. Esa es la di-

ferencia entre quienes comprenden la lógica geográfica y política de la geopolítica, y quienes simplemente no la entienden.

Prescindiendo de la lógica, del método y del sistema de pensamiento geopolítico clásico, es imposible entender la dinámica de la globalización y de las oportunidades, riesgos y amenazas que ella implica. Cuando ese vacío se produce, la reacción tardía predomina en el desarrollo de los procesos políticos. En este sentido, se equivoca la geopolítica crítica al plantearse frente a la geopolítica clásica en términos dialécticos, porque una síntesis entre ambas, en términos ideológicos, está absolutamente fuera de lugar.

Al contrario de los dogmas ideológicos que subyacen en algunas corrientes de la geopolítica crítica, la geopolítica general no busca imponer una verdad, ni justificar ni validar creencias ni proyectos políticos, aunque sí lo hagan algunos de los Estados que son el objeto de estudio de la geopolítica práctica, cuestión en la que coinciden ambas escuelas.

Lo que interesa, por lo tanto, es superar la descalificación recíproca por causas ideológicas y sumar capacidades metodológicas y de experiencia para comprender lo que está pasando. Ninguna de las geopolíticas analizadas es dueña de la verdad, la cual, normalmente es portadora de las observaciones de ambas. Sin embargo, es evidente que la geopolítica crítica, al tomar como base de su quehacer sólo algunos de los factores geográficos y al introducir condicionantes ideológicas a su planteamiento, necesariamente adquiere una validez parcial, tal como le sucede a las escuelas geopolíticas estatales o prácticas.

Los pensamientos de Mahan o de Mackinder, así como los de muchos otros, representan escuelas a las que han adherido sus respectivos países o terceras naciones, más allá de cualquier juicio de valor o prejuicio ideológico, pero no son la geopolítica, son sólo parte de ella junto a las escuelas geopolíticas de todos los Estados, aun cuando éstas tengan sólo un carácter regional, subregional e incluso vecinal. En ese sentido lo que procede es integración y no exclusión.

No obstante, si alguna crítica debemos formular, tenemos que asegurarnos de conocer cabalmente el objeto de la crítica, carencia que algunas tendencias de la geopolítica debieran superar, lo cual constituye una necesidad básica para asumir integralmente el tema del Estado, de su territorialidad y de la soberanía en la actualidad, sin los cuales simplemente la geopolítica se diluirá en un proceso de globalización que seguirá siendo tan incomprensible como lo ha sido hasta ahora.

BIBLIOGRAFÍA

AYMARD, André; AUBOYER, Jeannine y otros (1977). *Historia General de las Civilizaciones*. Barcelona, España. Ed. Destino.

- BERNARD, Racine (1878). **Discurso Geográfico y Discurso Ideológico. Perspectivas Epistemológicas**. Barcelona, España. Ed. Geo Crítica.
- BREZEZINSKI, Zbigniew (1998). **El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos**. Barcelona, España. Ed. Paidós.
- CAIRO CAROU, Heriberto (1993). Elementos para una Geopolítica Crítica: Tradición y Cambio en una Disciplina Maldita. Barcelona, España. *Revista Eria*.
- CONTRERAS, Arturo (2007). **Estrategia: Las viejas y las nuevas amenazas**. Santiago, Chile. Mago Editores.
- ECO, Humberto (1991). **La Guerra del Golfo N'a Pas Lieu**. París, Francia. Ed. Sirac.
- FREUND, Julián (1968). **La esencia de lo político**. Ed. Nacional. Madrid, España.
- GALTUNG, Johan (1999). **Fundamentalismo USA. Fundamentos Teológico-políticos de la Política Exterior estadounidense**. Barcelona, España. Ed. Icaria Más Madera.
- JENOFONTE (2000). **Anábasis**. Madrid, España. Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad Carlos III.
- JONSON, Paul (1988). **Tiempos Modernos**. Buenos Aires, Argentina. Javier Vergara Editor.
- JOSEFO, Flavio (1997). **La Guerra de los Judíos**. Madrid, España. Editorial Gredos.
- KELLY, Phil y PÉREZ, Luisa (Octubre, 2007). Una Revisión de la Geopolítica Crítica. Buenos Aires, Argentina. *Revista Argentina Global*.
- KISSINGER, Henry (1981). **Afirmaciones Públicas**. Buenos Aires, Argentina. Ed. Emecé.
- KUNTZMAN, Marion (1950). **Bases Documentales de la Fiscalía en el Juicio de Nüremberg**. Madrid, España. Imprenta de los Huérfanos.
- MAQUIAVELO, Nicolás (1960). **El Príncipe**. Buenos Aires, Argentina. Ed. Tor.
- MAQUIAVELO, Nicolás (1943). **La Mente del Hombre de Estado**. Buenos Aires, Argentina. Ed. Inter-Americana.

PAILLAR, Christophe Alexandre (Mayo, 2007). Geopolítica de la Energía en América Latina. Santiago, de Chile. *Colección Política* N° 1, Universidad Bernardo O'Higgins.

RODRÍGUEZ, Raquel (2005. Vol. IX, N° 198). Geopolítica Crítica. El Pacto Ibérico de 1939. Universidad de Barcelona, España. *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales Scripta Nova*.

TOYNBEE ARNOLD (1984). ***Guerra y Civilización***. N. York, Estados Unidos. Free Press.

TUCÍDIDES (1991). ***Historia de las Guerras del Peloponeso***. Madrid, España. Traducción de J. J. Torres. Biblioteca Clásica Gredos.